

EL CUERPO PROPIO COMO ESPACIO MINISTERIAL

Nos proponemos hacer una reflexión sobre el ministerio ordenado centrándola en la dimensión corporal de la vida del presbítero¹. Hablaremos del cuerpo del presbítero como espacio de su ejercicio ministerial sin menoscabar otras dimensiones de su ministerio, pero con radicalidad, es decir, tomándolas todas ellas en relación a ésta.

Nuestras reflexiones están a mitad de camino entre el acercamiento fenomenológico, teológico y espiritual. Cada una de las afirmaciones supone otras aquí presupuestas y que se han convertido ya en patrimonio común de la teología del ministerio. Digamos además que en el horizonte de nuestras afirmaciones se encuentra la figura más concreta del presbítero diocesano secular.

El cuerpo propio². La identificación del hombre consigo mismo se produce a través de su propio cuerpo³. En un primer momento por separación, separación física de la madre y separación psíquica del mundo del que sólo es una parte. Esta forma de identificación primera supondrá ya de por vida una especie de herida que pide ser sanada. La búsqueda de la unión corporal y el afán de dominio sobre la realidad manifiestan una tendencia a absorber ésta en un cuerpo

1 El presente trabajo es una reelaboración de la conferencia pronunciada en la Universidad Pontificia de Salamanca en el ámbito de la Cátedra Pedro Poveda el 27 de Noviembre de 2003.

2 Una descripción teológica sintética que recoge las aportaciones más importantes de la fenomenología puede verse en J. L. Ruiz de la Peña, *Imagen de Dios. Antropología teológica fundamental*, Santander 1988, 134-8.

3 «El cuerpo como «expresión» de la persona es el lugar de toda humanización y por tanto de toda cultura [...] el cuerpo humano es la persona humana en cuanto que se expresa y se realiza visiblemente en el mundo, esto es, en la comunicación con los demás y en la transformación del mundo como camino de reconocimiento de los demás», en J. Gevaert, *El problema del hombre*, Salamanca 1984, 94.